

# "Todos contra Tarragona"

"Tarragona, ante el peligro", "Todos contra Tarragona", titulaban los diarios barceloneses su información de lo que había sido el más borrascoso Pleno municipal que se recuerda en estos años. Las enmiendas presentadas por el concejal Eduardo Tarragona al programa de actuación votado por el Ayuntamiento barcelonés no han prosperado. Pero la opinión pública, en los periódicos y en la calle, ha aplaudido unánimemente y sin reservas la actitud discrepante del procurador en Cortes y concejal por el Distrito XI de Barcelona. Llamé por teléfono desde Madrid a Eduardo Tarragona para pedirle que me contara directamente algunos detalles de su revulsiva intervención en el Pleno. Conozco a Tarragona desde hace años. He coincidido con él en muchas "cenas políticas" y otros folklores madrileños, donde se nos pegó la costumbre del tuteo, al que tan reacios hemos sido siempre los catalanes, y la costumbre de los abrazos con redoble. He asistido a algunas de sus conferencias y concretamente a la muy famosa de la Cámara de Comercio de Madrid, en que expuso las razones que le habían llevado a presentar su dimisión como procurador en Cortes, una dimisión única en su especie en estos años, fundamentada en la escasa efectividad lograda por su laboriosa gestión como procurador. "Dimito porque no sirve de nada lo que estoy haciendo en las Cortes", dijo él mismo. Su muy política dimisión, prácticamente sin precedentes en la historia de estos años, tuvo con el tiempo su fruto, al ser elegido por segunda vez en nuevos comicios, con el mayor número de votos jamás conseguido por un candidato a procurador en Cortes en nuestra época.

Es Eduardo Tarragona una "rara avis" en el "Who's who" político del sistema. José María de Arelliza, en el prólogo de un libro en que Tarragona relata sus impresiones sobre las elecciones americanas de 1968, en las que estuvo presente en el curso de un viaje por Estados Unidos, decía de él que "Eduardo Tarragona, de vivir en América, hubiera sido un político con indudable capacidad de convocatoria. Yo lo imagino repartiendo saludos, estrechando manos, utilizando la televisión —porque allí la televisión sirve para que los que tengan algo interesante que decir, aunque no sean del gobierno, lo comuniquen a sus conciudadanos— y escribiendo millones de cartas a sus presuntos electores". Algo hay de cierto en las palabras de Arelliza. Tarragona es un político a la americana. Es un político en un mundo de "expertos" o "tecnócratas", y su voz, que nunca deja de ser conservadora, resulta sin embargo detonante, revulsiva, en un mundo como el del sistema, tan reverencial, tan falto de sentido crítico. Ha descubierto la discrepancia, la discrepancia legal, y la ejerce sin contemplaciones, a pesar del evidente riesgo que comporta.

Su retrato físico ofrece acusados rasgos, que facilitan la labor del caricaturista. Es un hombre corpulento, un hombrón de pueblo transplantado en su juventud a la ciudad, pero que conserva de su Balaguer nativo el fuerte acento leridano, el aspecto de envidiable salud, el humor socarrón de los campesinos y también el sastre responsable de las hechuras de sus ternos. Tiene el cabello blanco, prematuramente blanco, porque está en los cincuenta; cejas pobladas y ojos oscuros con mirada de astucia agraria, en la que no falta cierto tinte romántico y soñador que le hace atractivo. Tiene el mentón prominente, las mejillas recias, que en la cultura rural de Cataluña son distintivo del valor y los arrestos del hombre ante la vida, y una poderosa nariz que señala con el dedo

cuando dice: "La política es cuestión de olfato". En cuanto al bigote del señor Tarragona, es un bigote absolutamente forestal, montaraz, selvático, un bigote totalmente ingobernable que se dispara en las más insospechadas direcciones y le da un aire ligeramente cómico. Destaca íntimamente la retórica y la oratoria fuera de los políticos al uso y tiene una desconfianza congénita en la teoría divorciada de la práctica. "En mi negocio, lo más importante es la oficina de reclamaciones —dice este empresario, trasladando al campo de la política su experiencia mercantil—. ¿Tiene el gobierno algo parecido?". Una vez me contó que a un personaje de Madrid con quien no estaba de acuerdo le había dicho: "Yo no quiero nada con usted porque yo pregunto siempre el porqué de las cosas y usted, no". Y añadía: "Hay políticos que piensan que el pueblo es imbécil. Yo nunca he visto un cliente que sea imbécil. El pueblo es el cliente del Estado y, por tanto, el pueblo no es imbécil".

Pero vamos al caso que ahora nos ocupa. Tarragona presentó ante el Pleno municipal, según había anunciado, una enmienda a la tota-



lidad del programa de actuación y dos enmiendas parciales. La noche anterior al Pleno, el anuncio que Tarragona había hecho suscitó un incidente en el curso de una cena que el alcalde ofreció a los concejales. Algunos de los miembros del consistorio increparon de tal manera al señor Tarragona que éste abandonó el palacete Albéniz, donde se celebraba la cena, antes de que ésta terminara. Las enmiendas de Tarragona estaban basadas, según él mismo me dijo, en el hecho de que el Ayuntamiento iba a aprobar un programa de actuación sin saber con qué medios contaba, y en que en ese programa, no se hacían las necesarias provisiones para educación, siendo como es muy grave el problema que Barcelona tiene planteado en esta materia. Se prevé, en cambio, la construcción de hospitales y de la preparación de la Exposición Universal de 1980. "Si seguimos así, pasaremos por la vergüenza de celebrar una Exposición Universal cuando todavía haya niños sin escolarizar", dijo Tarragona, añadiendo que faltan sesenta mil plazas escolares. Por otra parte, la proporción actual entre enseñanza privada y enseñanza estatal gratuita es de dos tercios por un tercio, contrariamente a lo que sucede en Madrid, donde, según datos aportados por el concejal, la proporción es la inversa. Tarragona afirmó que, al actual ritmo, no se habrá conseguido en Barcelona para 1980 el objetivo fijado por el gobierno de establecer en todo el país la enseñanza gratuita. "Yo presenté un ruego al gobierno en las Cortes para que me dijeran por qué Madrid tenía más escuelas que Barcelona. Se me contestó que Barcelona tenía menos escuelas porque no las pedía". Como se sabe, los Ayuntamientos

deben contribuir a la construcción de instalaciones escolares con los terrenos y el 20 por ciento del presupuesto. Lo demás corre de cuenta del Estado. Tarragona criticó ante el Pleno la falta de previsión en esta materia, y dijo que si los solares son ahora escasos y carísimos, "¿es que van a ser más baratos el año que viene?". "Debemos plantearnos el problema ahora, determinando el déficit que tenemos y solicitando más ayuda del gobierno. No podemos engañarnos ni engañar a los que nos han elegido".

Las enmiendas de Tarragona fueron acogidas por el consistorio con un torrente de críticas, muchas de ellas hechas "ad hominem". El tercer teniente de alcalde, señor Abellá de Castro, acusó a Tarragona de "demagogo", sentando ante el consistorio y ante los asombrados periodistas y público que llenaban la sala, la teoría de que "los concejales no estamos aquí para hacer la crítica". Otro concejal dijo que "hacer la crítica corresponde a los ciudadanos, que la falta de información municipal se lo impide". Y añadió que el concejal no puede hacer la crítica, porque tiene en sus manos toda la información necesaria. O sea, que la tesis que quedó sentada en el Pleno fue que los que no pueden hacer la crítica (los ciudadanos), es lícito que la hagan. Pero los que pueden hacerla (los concejales), no deben hacerla. Doña Mercedes Carbó, "la mamá del millón", dijo que don Eduardo Tarragona había ido al Pleno "para lucirse". Pero lo cierto era que doña Mercedes había ido a aprobar un programa de actuación que no hacía las necesarias provisiones para la enseñanza de minusválidos, según el mismo Tarragona denunció. Un diario barcelonés comentaba que "la mamá del millón" estaba mejor en la televisión que en el consistorio. Otro concejal atacó a Tarragona en nombre de la unidad consistorial: "Roguemus a la Providencia para que nuestras acciones se vean libres de retorcimiento, intrigas o perturbaciones. Postulamos la unidad como única forma de conseguir eficacia, desterrando todo lucimiento personal". El alcalde, señor Masó, aunque afirmó la legitimidad de presentar enmiendas, interrumpió por tres veces al concejal discrepante y no le cedió la palabra en el turno de alusiones.

El "incómodo" Eduardo Tarragona me anunció, en la conversación que sostuvimos, que iba a convocar en un salón de actos de la tenencia de alcaldía del Distrito XI, unas "asambleas de Distrito", que, según me dijo, "van a meter mucho ruido". El hecho de que el local sea municipal parece eximir a estas reuniones de permiso gubernativo. También me anunció que ha sido nombrado presidente del Ateneo de Balaguer, "donde vamos a hacer muchas cosas. Allí podrán hablar todos los que no puedan expresarse en otra parte".

En estos días se está viendo en el Tribunal Supremo un recurso presentado por una señora candidato a las últimas elecciones municipales barcelonesas contra la elección del señor Tarragona. La pelota está en el tejado. Entre tanto, a pesar de la reacción de los concejales en contra de su iniciativa de plantear sincera y llanamente las cosas en lugar de hacer triunfalismo, la opinión pública parece haber acogido con entusiasmo la discrepancia del señor Tarragona. Decía un periódico: "Según pudimos comprobar ayer, el Pleno municipal es inútil. Si está mal visto presentar enmiendas y defenderlas, votar en contra, denunciar públicamente algo que anda mal y presentar ruegos y preguntas, entonces, ¿para qué sirve el Pleno?". ■ LUIS CARANDELL.